

Con flexibilidad doblar se dexa:
 Aumenta el uracán sus fieros soplos,
 Con fuerza tan atróz, que desarraiga,
 Y echa por tierra al árbol, cuya copa,
 * Hallándose vecina á las estrellas,
 Sus raíces hondísimas apoya
 En el reyno sombrío de los muertos.

* Imitado de Virgilio, que dice hablando de la Encina:

..... *Quæ quantum vertice ad auras*

Æthereas, tantum radice in tartara tendit.

Georg. I. II. v. 291. 292.

LIBRO SEGUNDO.

FABULA PRIMERA.

CONTRA LOS DEMASIADAMENTE

DELICADOS DE GUSTO.

Aun quando de Caliope recibido
 Hubiera yo al nacer, aquellos dones,
 Que á sus finos amantes ha ofrecido
 Esta Musa; de Esopo á las ficciones
 Todos los consagrara. No es dudable,
 Que con trato amigable,
 En todo tiempo se han correspondido
 Las mentiras y versos. Tan querido
 Del Parnaso no osára yo juzgarme,
 Que pudiera llegar á lisongearme
 De saber dar adorno á sus ficciones.
 Se pueden hermostear las invenciones,

Y eso es lo que ahora ensayo: otro que sea
Mas que yo sabio, lustre dé á la idea.

Hice hasta aquí, no ostante, que se habláran,
Con un idioma nuevo,
El Cordero y el Lobo, y que tratáran
Entre sí, Plantas, Árboles y Flores:
Mas ya escucho á los críticos. Me atrevo
A asegurar, que dicen mil horrores
Sobre querer captar tan neciamente

La atención de la gente,
Con desabridos cuentos,
Propios para muchachos. Mal contentos
Censores, ¿los quereis mas elegantes,
Y con altisonantes
Expresiones? Quereislos? Lindamente.

Despues que los Troyanos, con ardiente
Tesón y valentía, muchos daños
Constantes padeciéron, en diez años,
Que estudiéron cercadas sus murallas,
Presentando batallas

Á los tenaces Griegos,
(Que entre desasosiegos,
Y afanes repetidos,
Ni trabajos, ni astucias perdonaban,
Para lograr la gloria
De que fuese el adorno de su historia
Lo que tanto anhelaban)
Fué de la infeliz Troya el triste fallo
La invencion de un Caballo
De madera, proyecto
(Que tuvo buen efecto)
De la Diosa Minerva: en sus enormes
Cavidades, valientes y conformes,
Recibió al sabio Ulises, á Diomédes,
Y á Ajax el impetuoso:
Del soberbio Coloso
Las espesas paredes,
Ni de los animosos batallones,
Ni de los atrevidos esquadrones,
Podian contener el ardimiento,

Que amenazaba trágico escarmiento,
 No solo á los Troyanos,
 Sino á sus mismos Dioses soberanos.
 (¡Estratagema rara é inaudita,
 Que pagó con usura la arrogancia,
 El trabajo y constancia
 De sus fabricantes!...) Ya me grita
 Un Autor: —el período es muy cansado:
 Toma un poco de aliento,
 Porque va largo el cuento:
 Y despues, tu Caballo ponderado,
 Tus Heroes, y tus Tropas altaneras,
 Cuentos son mas extraños,
 Que no las lisongeras
 Palabras con que urdia los engaños
 La astuta Zorra al Cuervo presumido:
 Fuera de esto, te sienta malamente
 Escribir en estilo tan erguido—
 —Está muy bien: convengo facilmente
 En baxar ese tono... La zelosa

Amarilis, estaba pesarosa
 En su Alcipe pensando,
 Hallarse acompañada imaginando
 Solo de sus Mastines y Corderos:
 Tirsis, que la atisvó, con pies ligeros
 Se acercó, y escondióse entre unas peñas:
 De allí escuchó palabras halagüeñas,
 Que á su Alcipe Amarilis dirigía,
 Como tambien las súplicas que hacía
 Al Zéfiro suave, pretendiendo
 Que á su amante lleváse
 Quantas quejas estaba profiriendo...
 Otra vez mi censor aquí me ataja,
 Diciéndome: que es baja
 La expresion: que al momento procuráse
 Volver á refundir media docena
 De los últimos versos: ; esta es buena!
 Censor maldito y grave,
 ;No me permitirás que el cuento acabe?
 Mas ya conozco que es asunto serio

Replíca el otro. En fin , no hubo ninguno,
Que arrostrase la empresa proyectada:
Terminó la sesion en voces fieras,
Y se volviéron á sus madrigueras,
Sin que la junta produxese nada.

Quando tratar se quiere de un proyecto,
Los proyectistas suele haber de sobra;
Y despues , al tratarse de la obra,
No hay quien la lleve á su debido efecto.



FABULA III.

EL LOBO Y LA ZORRA

PLEYTEANDO ANTE EL MONO.

Cierto Lobo decía,
Que lo habian robado,
Y , de tal atentado,
Ser autora creía

Una pícara Zorra,
De maldades no escasa,
Que iba de casa en casa
Entrándose de gorra:

Poseido de encóno,
La atribuyó este exceso,
Y se leyó el proceso
Ante un jurista Mono:

Abogados no hubo,
Porque habló cada parte,
Sin mas estudio ni arte,
Que alegar lo que tuvo

Por conveniente. Estaba
El pobre magistrado
Muy lleno de cuidado:
De congoja sudaba.

Despues que con malicia
Gritáron , contendiéron,
Y entre sí se ofendiéron;
Pronunció con justicia

El Mono, de esta suerte:
 Hace ya muchos años,
 Que de vuestros engaños
 Oigo hablar: á una fuerte
 Multa á los dos condéno;
 Porque tú, fiero Lobo,
 Sin haberte hecho el róbo,
 Das con rostro seréno
 Una queja difusa;
 Y porque tú, engañosa,
 Robaste la tal cosa
 De que el Lobo te acusa.
 El juez acalorado,
 Firmemente creía,
 Que errar no se podía
 En vejar al malvado.

FABULA IV.

LOS ANIMALES ENFERMOS DE LA PESTE.

La peste (fiero mal, que horror infunde,
 Mal con que el Cielo, en su furor, confundé
 Y castiga delitos de la tierra,
 Mal que, el lugar que encierra
 Aqueronte, llenar puede en un día)
 Á los irracionales guerra hacía.
 No todos acababan; pero todos,
 Males sufrían de diversos modos;
 Hasta llegar al deplorable estado
 De no verse ocupado
 Ninguno de ellos, en buscar comida
 Para el sustento de su débil vida:
 Ya ni Zorras ni Lobos
 Verificaban robos,
 Ni iban al inocente persiguiendo;
 Y vagaban las Tórtolas gimiendo.
 Llamó, en fin, á consejo el Leon fuerte,

Y á sus vocales dixo de esta suerte:

Yo creo que este mal que nos affige
(Y que quizás aún no nos corrige)

Del Cielo viene por nuestros pecados.

Todos somos culpados;

Y así, el que mas lo fuere, en sacrificio

(Para tornar propicio

Al enojado Cielo) ha de ofrecerse:

Debe al momento hacerse:

Quizá conseguirá ser tan dichoso,

Que nos liberte de este mal penoso.

Consta en la historia que, por casos tales,

Penitencias iguales

Se practicaban: no nos adulemos:

Todos escudriñemos,

Sin indulgencia alguna,

Nuestras conciencias: no tengo ninguna

Dificultad ó empacho, en confesarme

De mis delitos: debo delatarme

De que á muchos Corderos,

He devorado con mis dientes fieros,

Sin que jamás me hubiesen ofendido;

Y alguna vez tambien me ha sucedido

Devorar los Pastores del ganado.

Vedme aquí aparejado,

Con muchísimo gusto,

Á morir: sin embargo, encuentro justo

Que, como yo, se vayan acusando

Todos, y de este modo, averiguando

Quien es mas delinqüente,

Morirá el que lo sea justamente.

Y Señor, dixo la Zorra lisonjera,

Sois un gran Rey. ¿Por qué de esa manera

Hablais? Es demasiado

Vuestro remordimiento. ¿Qué pecado

Es comerse esa especie miserable

De los Corderos? No, señor, laudable

Es en vos tal costumbre: esas son gentes

Que, con morir á vuestros reales dientes,

Se llenaron de honor; y en quanto al daño

Causado á los Pastores, ó me engañó,
 Ó son acreedores
 Á qualquiera castigo esos señores,
 Porque desdeñan parecer iguales
 Á los demás diversos animales,
 Erigiéndose Reyes,
 Y á todos imponiendo duras leyes:
 Así la Zorra dixo, y la aplaudiéron:
 En fin, no se atrevieron
 Ni de Tigres, ni de Osos,
 Ni de otros poderosos,
 Á citar los delitos mas atroces:
 Quantos tenían algo de feroces,
 Y aun, hasta los Mastines,
 En su sentir, llevaban rectos fines.
 Tocóle al Burro lerdo
 Confesar sus pecados. Yo me acuerdo,
 Dixo, que al ir pasando el otro día
 Por cierto prado (que pertenecía
 Á una comunidad) lo tierno y verde

De la yerba, mi hambre, ó lo que pierdo
 Á muchos, la ocasion urgente y rara,
 Me tentó á que arrancára
 (Á la verdad fué mengua)
 Un pedazo del ancho de mi lengua.
 Para hacer tal exceso
 Ningun derecho tuve: lo confieso.
 Todos se conjuraron
 Contra el mísero Burro, y le infamaron.
 Un timorato Lobo
 Probó, con una arenga, que era robo,
 Y por tanto se hacía indispensable,
 Que aquel maldito Burro detestable,
 Se condenase luego al sacrificio
 Por tan infame vicio,
 Causa de la epidemia lastimosa,
 ; Comer la yerba agena: ; qué horrorosa,
 Y qué inaudita culpa!
 No hay para ella disculpa,
 Decian; que perezca sin remedio.

Ello, en fin, no hubo médio:
Al pobre Burro le costó la vida.

La aplicacion está bien entendida.

FABULA V.

EL MAL CASADO.

Lo que por sí es hermoso,

Acompañe á lo bueno.

Mañana muger busco.

Pero entre el alma y cuerpo

Me parece haber oido,

Que el divorcio no es nuevo:

Y que se han visto pocos

Bien acabados cuerpos,

Que hospeden alma bella.

Pues no ya me arrepiento.

Tengo bien observados

Algunos himeneos,

Y no me tientan mucho.

Sin embargo, yo veo,

Que del género humano

Tres partes, quando menos,

Con ánimo se arrojan

Al mayor de los riesgos;

Y veo juntamente,

Que el arrepentimiento

Á todos les asalta.

Antes que llegue á hacerlo,

Por ver si me acobárdo,

Referiré el exemplo

De un hombre que no tuvo,

Quando llegó á este extremo,

Mas recurso ni arbitrio,

Que poner tierra en medio,

Separando á su esposa.

Zelosa, y de mal genio,

Era la tal: en casa